

podía ver cuanto ocurría en Cartago; y después echando mano de los ritos sagrados, profirió contra la ciudad la fórmula de imprecación para enemistar contra ella á los dioses, y para consagrar á la venganza de las Furias á todo el que hiciese resistencia á Roma (1).

146. Reducidos los Cartagineses al extremo, quisieron hacer el último esfuerzo; y sin detención, trabajando hombres, mujeres y niños, abrieron al traves de las rocas una nueva salida á su puerto, y lanzaron contra los Romanos otra escuadra construida con la madera de sus demolidas casas. Otros se adelantaron á nado hasta las máquinas de los Romanos, y saliendo de improviso de las aguas, encendieron teas y las prendieron fuego, poniendo en fuga con espanto á los sitiadores.

Toma de Cartago. 140. No obstante, triunfó Escipion y entró por asalto en Cartago, donde aun se defendieron los ciudadanos de calle en calle, de casa en casa, durante seis días y seis noches, y llenaron de sus cadáveres la patria agonizante. Cincuenta mil encerrados en la ciudadela de Birza, pidieron y obtuvieron la vida. Los desertores, refugiados en el templo de Esculapio, previendo la suerte que les aguardaba, incendiaron su asilo, y en él perecieron. El general Asdrubal, que habia dirigido valerosamente los esfuerzos de sus conciudadanos, y que siempre que se proponian condiciones y contestaba Roma que se demoliera á Cartago, protestaba diciendo: *No: mientras yo viva, no verá el sol la destruccion de la patria*, no supo conservar su firmeza en la adversidad, y desalentado se postuló ante el vencedor. Pero su mujer, que habia permanecido con los últimos defensores, no queriendo sobrevivir á la ruina de la patria y á la vileza de su esposo, subió á lo mas alto del templo, vestida con sus mejores atavíos, y lle-

(1) En estos términos se evocaba á los dioses de una ciudad: *Si deus, si dea est, cui populus, civitasque carthaginiensis est in tutela, teque maxime, ille qui urbis hujus populique tutelam recepit, precor venerorque, veniamque á vobis peto, ut vos populum civitatemque, Carthaginiensem deseratis, loca, templa, sacra, urbemque eorum relinquatis, absque his abeat, eique populo civitatemque, metum, formidinem, oblivionem injiciatis; proditque Romam, ad me meosque veniat; nostrarque vobis loca, templa, sacra, urbs acceptior probatorque sit, mihique populoque romano, militibusque meis prepositis sitis, ut sciamus intelligamusque. Si ita feceritis, voveo vobis templa ludosque facturum. Macrobio, Saturn. III, 9; Cf. Plinio, Hist. nat., XXVIII, 4; Servius, ad En., II, 344.*

Estos otros se empleaban para maldecir una ciudad: *Dis pater, Vejovis, Mones, sine vos quo alio nomine fas est nominare, ut omnes illam urbem Carthagem exercitumque quem ego me sentio dicere, fuga, formidine, terroreque compleatis; quiq; adversum legiones exercitumque nostrum arma telaque ferent, uti vos eum exercitum, eos hostes, eosque homines, urbes agrosque eorum et qui in his locis regionibusque agris, bibusque habitant, abducatis, lumine supero privetis, exercitumque hostium, urbes agrosque eorum quos me sentio dicere, uti vos eas urbes agrosque, capita, etatesque eorum devotas consecratasque habeatis; illis legibus, quibus quandoque sunt maxime hostes devoti, eosque ego vicarios pro mea fide magistratuque meo, pro populo romano, exercitibus legionibusque nostris do, devoveo, ut me, meamque fidem imperiumque, legiones exercitumque nostrum, qui in his rebus gerundis sunt, bene salvos sinatis esse. Si hoc ita faxitis, ut ego sciam, sentiam, intelligamque, tunc quisquis hoc votum faxit, ubi faxit, recte factum esto. Oribus atris tribus, Telius mater, teque, Júpiter, obtestor. Macrobio, Saturn. III, 9.*

nando de maldiciones á su marido desertor, se precipitó con sus hijos en las llamas.

De setecientos mil habitantes que tenia Cartago, los mas habian perecido, y parte fueron llevados á Italia y dispersados por las diversas provincias. Cuatro millones cuatrocientas setenta mil libras de plata adornaron el triunfo de Emiliano, que entonces recibió el sobrenombre de Africano. Muchas obras maestras del arte, entre las cuales estaba el toro de Faláris, se restituyeron á la robada Sicilia; se dieron al rey de Numidia las bibliotecas, excepto los libros de Magon sobre la agricultura, que se llevaron á Roma y se tradujeron; todas las ciudades favorables á Cartago fueron desmanteladas; las contrarias aumentaron su territorio; se dió á los Uticenses el que mediaba entre Cartago é Hipona; todos los Africanos sometidos pagaron un tributo anual, y el Estado de Cartago fué reducido á provincia, con el título de África. Para ejecutar la órden del Senado, condujo Escipion el arado al rededor de las murallas, renovó las imprecaciones rituales que debian atraer sobre la causa vencida la enemistad de los dioses, y después entregó la ciudad á las llamas, que en diez y siete días la consumieron.

Así, después de siete siglos y medio de existencia, y dos de lucha contra Roma, fué exterminada Cartago sin objeto ni razon, y este mismo acto de bárbara crueldad formó la gloria de la familia de los Escipiones, tan humana y culta, y que siempre se habia opuesto á destruccion semejante; la gloria de Emiliano, personaje tan alabado por su blando carácter, elegido por Ciceron como principal interlocutor en el diálogo de la república, y de quien se dijo que *no habia hecho ni dicho nunca cosa que no fuese digna de elogio*. Pero Roma en la idea de elogio no comprendia la de humanidad, y todo lo que no era romano carecia para ella de importancia.

Viendo Escipion el estrago de tantas ciudades, quedó absorto en sombrío silencio, y suspirando luego exclamó con el Héctor de Homero: *Llegará un día en que el sagrado muro iliaco, y Priamo y toda su gente caigan*. Preguntado por Polibio lo que entendia por Troya y por gente de Priamo, él, sin nombrar á Roma, respondió que queria decir que los Estados mas poderosos se ven á su vez humillados y arruinados segun place á la fortuna (1).

Parece que debia producir gran cambio en el comercio del mundo la caída casi contemporánea de las dos ciudades mas traficantes, Corinto y Cartago; pero Ródas y Alejandría se habian atraído ya los principales negocios, y Utica sucedió á su señora y vecina.

Aun cuando los Romanos maldijeron á todo el que edificase sobre las ruinas de Cartago, pasados veinte y cuatro años fué enviado Cayo Graco á establecer allí una colonia. Después, en tiempo

(1) Polibio en APIANO. — EUTROP., lib. IV.

de Augusto se reedificó; en los tiempos del emperador Gordiano, Herodiano la llama tan grande y populosa que solo cedia á Roma, y rivalizaba con Alejandría; Amonio la coloca en tercer lugar después de Roma y Constantinopla; y Salviano cita su grandeza poco ántes que los Vándalos la invadiesen, y nombra su acueducto, el anfiteatro, el circo, el gimnasio, el pretorio, el teatro, los templos de Esculapio, de Astarté, de Saturno, de Apolo, las basilicas y las plazas. Finalmente, los Sarracenos en el siglo VII la destruyeron del todo; y así como un tiempo se sentó en sus antiguas ruinas Mario á madurar su venganza, del mismo modo vino á morir sobre las nuevas San Luis, meditando en la vanidad de las grandezas humanas, y confortándose con inmortales esperanzas.

## CAPÍTULO XVII

Literatura griega

Apartemos ya el ánimo de este incesante espectáculo de batallas, y démosle reposo en la plácida contemplacion de las obras del entendimiento y de las luchas fecundas del saber.

Acaso no nos presenta la Historia ninguna otra edad en que tan generalmente como en esta dominase entre los Griegos el deseo de adquirir conocimientos y se honrasen los literatos y artistas. Los reyes, buenos ó malos, virtuosos ó disolutos, los ricos, las ciudades florecientes ó en decadencia, amaban las artes como adorno de la vida ó como instrumento de placer y de olvido. Á Sición acudian todos los pintores á visitar aquella escuela, si bien la ciudad decaía bajo el cetro de los tiranos; y las cortesanas aspiraban á atraer á sus reuniones á los principales literatos, y adornar sus gabinetes con las mejores obras del pincel ó del buril. No tiene ya solamente el historiador delante de sí á Atenas y Méfis, sino que debe recorrer todos cuantos reinos se formaron del despedazado cetro del Macedonio, y ver á generaciones enteras trasladarse allí donde ántes viajaban apenas los Pitágoras y los Platones, y bajo nuevo clima, en nuevo suelo, al aspecto de otra naturaleza y de otros monumentos, modificar su genio.

Los Tolomeos, con generosa proteccion llamaron á su corte á cuantos tenían fama y mérito, y Alejandría se convertia en centro de las relaciones que se anudaban entre los nuevos Estados, entre el Oriente y el Occidente. No ménos favorecieron las letras los reyes de Pérgamo, que rivalizaban con los Tolomeos en la esplendidez con que pagaban los cuadros y los libros y premiaban á los literatos, y que al ver que los reyes de Egipto impedían que se llevase allí el papiro del Nilo, inventaron el papel membranáceo, por eso llamado pergamino.

Pero entonces mas que nunca se demostró hasta la evidencia que no basta el favor de los príncipes para que florezcan los ingenios, por-

que aquella planta no produjo mas que frutos desabridos, trabajos de escuela, artificios de erudicion, nada que descubriese genio ni espontaneidad. Se habia cesado de crear para ocuparse en el análisis, en los preceptos, en hacer mucho en vez de hacer bien; la memoria ocupó el lugar de la inspiracion; se procuró escribir sin defectos, pero se suprimieron las bellezas; se supo justificar con el ejemplo y con la autoridad cada paso que se daba, en vez de hacerse perdonar los defectos con el vigor del genio.

La libertad habia perecido en Grecia y aun allí donde se conservaban las formas, ya el ingenio no era inspirado por la vida pública, por los grandes intereses de la nacionalidad, ni por las luchas magnánimas contra los invasores de la patria. La comedia estaba aherrojada; habia enmudecido la elocuencia ó se reducía á flores retóricas, y la poesía servia solamente para adormecer á los súbditos y adular á los reyes. Entretanto se aumentaba la corrupcion, ni siquiera velada ya con formas elegantes; y Atenas, Tarento, Mileto y Antioquia eran teatro de excesos, sobre los cuales conviene tender un velo, pudiéndose decir otro tanto de las ciudades aqueas, y aun mucho mas de las capitales de los reinos. Por otro lado, la guerra se encrudecía; cada sucesion era un nuevo asesinato, y los parricidios y los incestos llegaron á ser, digámoslo así, acontecimientos cotidianos.

El celo de los reyes de Pérgamo y de Egipto por recoger libros, no era tanto un sabio afán de facilitar medios á los estudiosos, cuanto una ostentacion, una porfia. No clasificaban los autores segun el mérito y la materia, sino segun su rareza, y en un estante especial se ponian los libros que habian llegado por mar (*τὰ ἐκ πλοίων*). Esta manía impedía que pudieran distinguirse los libros auténticos de las imitaciones, producto de la codicia; al mismo tiempo que los literatos, proponiéndose por fin de sus estudios obtener un puesto en el Museo ó en la Biblioteca, carecian de naturalidad, de vigor, de libertad y de inspiracion espontánea. Como acontece cuando faltan autores originales, se aumentó el número de los criticos; aquellos literatos sabian dar razon de toda voz y de toda construccion, mejor que lo hubieran podido hacer Tucídides ó Aristófanes; pero sus razonamientos eran débiles, vaga su fantasia, y estimaban en mucho poder acumular autoridades, aun falseándolas frecuentemente.

Homero fué el idolo de aquel tiempo, mas bien adorado que reverenciado, y sus libros se comentaban con una ímproba erudicion que sofocaba el genio. Demetrio Falereo componia tratados acerca de ellos. Zenodoto se entretenia en sacar la leccion mejor de entre los diversos ejemplares que habia en la biblioteca de Tolomeo; vinieron luego comentarios sobre comentarios; el mismo Tolomeo Evergétes compuso una disertacion critica sobre la Iliada, y Filopator erigió un templo al poeta Meonio.

Aristarco de Samotracia, dedicándose á en-



Aris-  
tarco.  
140.

mendar el texto de los dos poemas con el respeto que se merecen las obras de los hombres eminentes, eliminó muchísimos versos que por error se habían atribuido á Homero, señaló los dudosos, y no añadió de su parte sino lo puramente necesario, notando esto también distintamente. Hasta cuarenta entre profesores y gramáticos habia en Roma y Alejandría procedentes de su escuela.

Sin embargo, ni al mismo Homero faltaban detractores, entre los cuales fué el mas famoso Zoilo de Anfipolis, llamado el Azote de Homero (*ὄμηρομάστιξ*). Es verdad que pareciendo sacrilega la osadía de suponer defectos en el cantor de Aquiles, el vulgo erudito inventó cien fábulas contra Zoilo, y Tolomeo Filadelfo lo castigó, como Atalo I castigó á Dafidas, reo del mismo delito. ¡Excelente modo de refutar!

Los gramáticos y retóricos que necesitaban confirmar sus preceptos con la autoridad de los ejemplos, no habían pensado aun en la conveniencia de hacer distincion entre los escritores, é imitar únicamente los modelos que se juzgasen perfectos; así es que sin diferencia de mérito, de todos indistintamente tomaban sus pruebas. Por tanto no habia locucion viciosa que no estuviese apoyada en la autoridad de algun escritor; y si todos los ejemplos hubieran debido hacer regla, era fácil prever que los malos escritores por su mayor número habrían predominado sobre los buenos. Era, pues, necesario poner un dique á la corrupcion que amenazaba á la lengua, y de esta necesidad nació una nueva ciencia, la crítica. Aristófanes de Bizancio separó los escritores cuya autoridad juzgó válida, de la multitud de aquellos que no se debian tener en cuenta; estableció ciertas categorías, á las cuales Aristarco dió la última mano; y se llamó *Cánon* la clase principal, que contenia los modelos de cada género (1).

Este cánon contribuyó á purificar la lengua, pero la consideracion que se dió á las produc-

(1) El cánon de los gramáticos de Alejandría era el siguiente: Poetas épicos: Homero, Hesiodo, Pisanuro, Pamiásis, Antimaco.

Poetas yámbicos: Arquiloco, Simónides, Hiponax. Poetas líricos: Alcmano, Alceo, Safo, Stesicoro, Pindaro, Baquílides, Ibico, Anacreonte, Simónides.

Poetas elegíacos: Callino, Mimnermo, Filéas, Calimaco. Poetas trágicos, primera clase: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Ion, Aqueo, Agaton.

Segunda clase ó pléyade trágica: Alejandro el Etolio, Filisco de Corcira, Sositeo, Homero el Joven, Eántides, Sosifanes ó Sosicles, Licofron.

Poetas cómicos. — Comedia antigua: Epicarmo, Cratino, Eupólis, Aristófanes, Ferecrates, Platon.

Comedia média: Antifanes, Aléxis.

Comedia nueva: Menandro, Filípides, Difilo, Filemon, Apolodoro.

Historiadores: Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Teopompo, Éforo, Filisto, Anaximenes, Calistenes.

Oradores. — Los diez áticos: Antifonte, Andócides, Lisias, Isócrates, Isco, Esquines, Licurgo, Demóstenes, Hipérides, Dinarco.

Filósofos: Platon, Jenofonte, Esquines, Aristóteles, Teopasto.

Posteriormente se formó una lista de otros siete célebres poetas, que vivian hácia la misma época, y fueron llamados pléyade poética.

En ella se comprendieron: Apolonio de Ródas, Arato, Filisco, Homero el Joven, Licofron, Nicandro, y Teócrito.

ciones declaradas *clásicas*, vino á ser funesta para las excluidas, las cuales fueron por consecuencia ménos buscadas, y sus copias se hicieron mas raras. Ahora bien, entre estas habia alguna que podia disputar á los libros del cánon la preferencia, que alguno de ellos debia, ménos á su mérito trascendental que á motivos particulares de predileccion; y es deplorable que se perdieran por esto muchas obras de imaginacion, de segundo orden, y escritos que nos habrian dado preciosas noticias sobre el estado de Grecia y de su literatura.

Sin embargo, ni los admiradores ni los despreciadores conseguian producir una siquiera de aquellas bellezas de que hacian la anatomía, porque el análisis no podrá engendrar nunca la poderosa palabra del alma, enamorada de la hermosura de la naturaleza, fiel conmemoradora de lo pasado, y présaga de las cosas superiores. Frios imitadores, privados del sentimiento de lo pasado, aspirando en lo presente á los favores de los reyes mas bien que á los de las Musas, introduciendo en las creencias la duda ó la indiferencia, no hicieron mas que espigar donde sus antecesores habian segado en abundancia, y casi no tuvieron otro mérito mas que el de haber refinado la lengua y conservado algunas tradiciones, que habrian perecido con los poetas antiguos.

Una de estas es la bellísima de la expedicion de los Argonautas, elegida para asunto de un poema por Apolonio, miembro del Museo Alejandrino, el cual malquistó en su patria, se retiró á Ródas, y adquirió allí tal reputacion, que los Romanos le concedieron los derechos de ciudadania en su república. Apolonio, al manejar su argumento, de edad anterior aun á la de los poemas homéricos, no tuvo el instinto que advina los tiempos, ni el sentimiento que los revela; y si el arte llegó á sostenerlo en una perpétua medianía (1), se conoce no obstante á cada verso el trabajo con que aspiró á rejuvenecer las antiguas memorias, sin poder jamas vivificarlas, y sobre todo, sin obtener la unidad de efecto. A pesar de esto, su poema es el mejor comentario de Homero; y con reproducir sus símiles, sus caracteres distintivos, y hasta sus periodos bajo nuevas formas, facilitó su inteligencia á los Romanos. Estos, por tanto, tomaron muchas cosas de Apolonio, y Virgilio tomó por completo los amores de Dido, que son la creacion mas patética de la antigüedad.

Atenas se mostraba todavía apasionada de los espectáculos escénicos. Aristóteles habia dictado preceptos para el drama; Alejandro rendia verdadero culto á Sófocles y Eurípides, cuyas composiciones se representaban en toda el Asia; Dionisio de Siracusa escribía tragedias sobre tablillas pertenecientes á Esquilo; Tolomeo Lago invitó á Menandro á su corte, y envió bajeles para recibirlo; Artabazo, rey de Armenia, hacia recitar en su palacio tragedias de Eurípides,

(1) *Æquali quadam mediocritate*. QUINTIL.

Apolonio  
de Ró-  
das.  
270.Licofron.  
250.

y Oródes, rey de los Partos, mandó improvisar un drama cuando hallándose sentado á la mesa le envió el surena la cabeza de Craso. Los ricos por imitacion hacian representar, miéntras comian, ciertos *mimos* ó farsas, de cuyo género son las *Siracusanas* de Teócrito, el *Amor de Cinisca* y la *Maga*, hablando de los cuales decia Racine que no habia visto en la antigüedad nada mas festivo ni mas bello. Pero habian caído las instituciones libres, en las cuales se apoyaba el teatro; las composiciones dramáticas descendian á servir el capricho de los tiranos, ó á distraerlos; y las parábasis, en vez de dirigirse al pueblo, dirigian lisonjas á los potentados.

Con una metáfora conforme al gusto de entónces, los Alejandrinos llamaron pléyade trágica á siete escritores de tragedias, que fueron Alejandro el Etolio, Filisco Corcirese, Sositeo, Homero, Eántides, Sosifanes y Licofron; y si bien de las muchas composiciones de estos no ha llegado ninguna hasta nosotros (1), lo que se dice de ellas y algun fragmento que resta hasta para mostrarnos su pomposa mezquindad. Tales escritores, no solo hicieron perder á la tragedia aquel carácter religioso que, en gracia de su origen, habia conservado entre los antiguos, sino que se mostraron despreciadores de estos, y tuvieron la presuncion de ofrecer nuevos modelos al porvenir.

Licofron de Calcis, el mas insigne de la pléyade trágica, compuso hasta sesenta tragedias. Prodigio de oscuridad, fatiga extremadamente el ánimo del lector, miéntras pone el suyo en tortura para ostentar erudicion. La palabra propia, la alusion facil y la frase límpida son para él odiosas; un héroe ó un númen no debe ser nombrado sino por los atributos ménos conocidos; las metáforas deben ser de lo mas extraño posible, las construcciones alambicadas, y las composiciones raras y oscuras. En él se oye el relámpago y se ve el grito; Ulises con su musculosa espalda sostiene las amenazas de sus esclavos; se llama á Apolo el afeminado, el guarda-lecho, el vestido de túnica particular (*μολοσσός, κωπός, κόπτος*); á Hércules y Palemon el calmante del destino, el armado de tea de pino (*κεραμεντες πέδικος παλιδμων*), el leon de las tres noches, el devorado por el perro de Triton al cual desgarró las entrañas; expresiones que para ser entendidas requieren cada una un larguísimo comentario.

Por eso se dió el nombre de poema nebuloso (*τὸ ὁμοτεινὸν ποιημᾶ*) á su *Alejandra*, monólogo de 1474 versos, donde Casandra, hija de Príamo, vaticina los males que sucederán desde lo hasta Alejandro, y en el cual el poeta acumula todo cuanto se habia imaginado hasta entónces para explicar científicamente la religion. Como se ve, tambien se apoya este poema elegíaco en Homero, pero dice mas que él, remontándose á las causas de la guerra de Troya y mostrándonos su éxito y sus consecuencias.

(1) Dos solos se suponen de Licofron.

Licofron inventó igualmente los anagramas (1), y ademas hacia composiciones en forma de huevos y de hachas: Símias compiló otros de figura de alas y de cuñas (2); Trifiodoro compuso una Odisea sin *s*: arduos entretenimientos de literatura infantil, que formaban las delicias de la corte de los Lagidas.

Mas afortunada la comedia, produjo á Menandro, último poeta que ilustró á Atenas, cerrando el período de tres siglos, que principió en Solon, y en el cual se desplegó la portentosa fecundidad de las musas griegas. Ya la comedia habia abandonado con la política la antigua licencia: Menandro la elevó á cierta dignidad, introduciendo en ella muchos elementos serios tomados de la tragedia, revistiéndola de un aspecto filosófico, y haciéndola lo que despues continuó siendo, á saber, el cuadro de los vicios y del ridículo, sin sátira personal. Los pocos fragmentos que de este poeta nos quedan, son preciosos por la elegancia de su estilo; pero para juzgar del enlace y del movimiento escénico, debemos atenernos únicamente á las conjeturas que podemos deducir de las imitaciones que hicieron Plauto y Terencio. Léjos de poseer Menandro la inagotable variedad de Aristófanes, repite en cada comedia los mismos caracteres, y aun los mismos personajes, á la manera que las máscaras de nuestro teatro; y están casi todos expresados en aquel dístico de Ovidio:

*Dum fallax servus, durus pater, improba lena  
Vivent, dum meretrix blanda Menandros erit* (3).

La prosa pareciendo demasiado sencilla y na-

Menan-  
dro.  
290.Didácti  
cos.

(1) De Ptolemaios hizo *ἀπὸ μέλιτος*, ó sea de miel, etc., de Arsinoe, *ἰὸν Ἥρας*, violeta de Juno, etc. No se sabe que los Latinos hayan usado anagramas. Son célebres muchos de los modernos; por ejemplo: Aristóteles, *iste sol erat* ó *Erat lis et os*. Voltaire, *O alle vir*. Pierre de Ronsard, *Rose de Pindare*. Frère Jacques Clément, asesino de Enrique III, *C'est l'enfer qui m'a créé*. Maria Touchet, famosa hermosura del tiempo de Carlos IX, *Je charme tout*. Cornelius Jansenius, *Calvini sensus in ore*. Borbonius, *Orbi bonus*. Maria Magdalena, *Grandia mala mea*. Mastai Ferretti (Pio IX), *Fert iste liaram*. Tambien otro hizo de Galeno *Angelo*, y á muchos les convenia el epíteto *adulador* en vez de *laudador*. Los escritores italianos del siglo xvii fueron muy aficionados á anagramas, como á todo lo que tenia mucha ostentacion y poco fondo. De *Sixtus quintus de monte alto* se hizo *Mons tutus in quo stat lex Dei*. Sin embargo, no he encontrado citado el anagrama bellissimo del Evangelista Turicellius en *En Galileus alter* y del *Ave Maria*, *gratia plena, Dominus tecum*, se hizo *Inventa sum deipara, ergo immaculata*.

Supongo que son de la época alejandrina los dos epigramas del cap. XXVIII de la *Antología* griega, en honor el uno de Baco, y el otro de Apolo, compuesto cada uno de veinticinco versos, de los cuales el primero expone el argumento, y los otros veinticuatro se componen cada uno de cuatro epítetos que principian por la misma letra, sucediéndose en el orden del alfabeto. Este es el ejemplo mas antiguo que yo conozco de los acrósticos, y quita el mérito de la invencion á Octaviano Papirio, escritor del tiempo de Constantino, á quien generalmente se le ha atribuido, y que dedicó á aquel emperador un poema abundantísimo en estos juguetes. Á Sidonio se atribuyen los argumentos de las comedias de Plauto, cuyas iniciales forman el nombre de la comedia misma. Ciceron parece indicar que Ennio hizo algo semejante. En el Bajo Imperio hubo un diluvio de acrósticos; despues se redujeron á estudio de los poetas cortesanos y de los genealogistas.

(2) Insertamos alguna de estas raras composiciones en nuestros documentos de LITERATURA.

(3) *Amores*, I.



tural, fué entonces pospuesta á la poesía, y así se reputó eminentemente poético el siglo que ménos lo era. Los escritores sacando á la poesía fuera de su terreno natural, á saber, la tradición, la representación, la inspiración, quisieron vestir de versos los desnudos preceptos, é inventaron los poemas didascálicos (1), forma espúrea, que no es capaz de los vigorosos impetus de la poesía, ni de la límpida exactitud del precepto. Compusieron, pues, poemas sobre los fenómenos de la tierra y del cielo, sobre el organismo humano, sobre la astrología judiciaria, en los cuales se encontraba tanto mayor mérito cuanto mayor había sido la habilidad del autor para expresar las cosas más difíciles del modo más distante del natural, mérito que es tal vez el único que todavía se aprecia en este género. Nicandro cantó los remedios contra los animales venenosos, adornando su poema de palabras anticuadas, extrañas y las más vulgares de cada dialecto; Dicearco describió en versos yámbicos la Grecia; Sófocles las más torpes obscenidades; Maneton, Egipto, el influjo de las estrellas sobre la vida; Arquestrato el pescado, las legumbres, y cuanto proporcionaba placeres en la mesa.

Arato, el mejor de todos estos, puso en verso un tratado de Anatomía, y luego el sistema astronómico de Eudoxio, con lo cual ocasionó la pérdida de los libros de este, y dió á conocer cuán poco adelantado estaba él mismo en el conocimiento de las estrellas. No obstante, despertó la afición á esta ciencia, y su poema sirvió de texto á los comentarios de los matemáticos sucesivos. Y á los comentarios aspiraba él verdaderamente, fiel á la distinción que entonces se hacía, y que después se mantuvo siempre por los Romanos, entre el pueblo y literatos. Aumentó su mérito el haberlo traducido al latín Ciceron.

Líricos. En cuanto á la poesía lírica, Querilo, Agis de Argos, Cleon de Sicilia, Pieron, escoria de las ciudades griegas (2), asalariados por Alejandro para cantar día por día sus hazañas y denigrar á los antiguos capitanes macedonios, obtuvieron oro, y la gloria los desheredó.

Calímaco. De la estirpe real de Cirene nació Calímaco, que compuso más de ochenta obras en prosa y verso, tuvo mal éxito en la comedia, y llegó á la posteridad por sus himnos y elegías. Esta última forma sobrevive por lo regular á las otras, porque no requiere el entusiasmo, sino más bien aquellos blandos acentos que son propios de las edades reflexivas. Pero de un siglo como el suyo, que había perdido la ingenuidad de las costumbres y de las creencias, mal podían esperarse himnos que expresaran á lo vivo los impulsos de un alma deseosa de elevarse á las sublimes regiones desde donde se dominan los frívolos acontecimientos de la tierra. El que prescindiendo de las preocupaciones de escuela compare un salmo con los himnos mejores de

Calímaco, verá en el primero la efusión de razones ardientes y de entendimientos convencidos, de los cuales encontrará un eco en su interior; al paso que en Calímaco no hallará más que el esfuerzo del erudito, que acumula tradiciones diversas en tiempo y origen, que va á buscar en la memoria lo que no encuentra en el corazón, que raciocina y recuerda donde debería sentir (1).

¿Podía suceder de otra manera en un tiempo en que los dioses eran ó escarnecidos en la escena, ó negados en la escuela, al paso que se divinizaba á los tiranos y sus mancebas? Arato, jefe de la libre Liga aquea, coronado de guirnalda entonaba con frecuencia himnos en honor de Antígono; todas las poesías de aquella edad despiden un olor á incienso, á veces repugnante por lo excesivo, y dirigido á los Tolomeos divinizados; y de incienso rebosan los himnos de Calímaco, que cantó también la cábeller de Berenice elevada al cielo. Tan considerado era no obstante Calímaco de sus contemporáneos, que los Rodios desterraron á Apolonio porque había osado hablar mal de él.

Con un género nuevo revivió la gloria literaria en Sicilia, que había dado á la Grecia los primeros modelos de la elocuencia y del teatro. La poesía pastoril fué allí creada por Teócrito, quien con bellísimos versos pareció renovar la ilusión de los días más afortunados, cuando la isla del Sol gozaba la paz y el tranquilo bienestar de los campos. Pero bien se echa de ver que sus canciones fueron compuestas en la espléndida corte de Tolomeo; los elogios de este y de Berenice se encuentran mezclados continuamente con los acentos pastoriles; y el poeta quiere que *el principio, el medio y el fin de sus versos se ennoblezca con el nombre de Filadelfo, el mayor de los héroes*. Podría creerse que la variedad de los refinamientos cortesanos engendró la poesía pastoril como un lamento de la imaginación que hermosea lo que ha perdido; pero, si bien la naturaleza de algunos cantos de Teócrito favorece esta suposición, todavía el que más á fondo examina la materia, encuentra que el objeto único de los versos de este poeta es dar brillo á la régia pompa con el contraste de la sencillez campestre, y ensalzar la maravilla de las fiestas, poniendo su descripción en boca de gente grosera, que, como él mismo dice, *contemplando enmudece, cuando rústica, y selvática entra en la ciudad*. ¿Qué más? el panegirista de la vida campestre no se avergüenza de mendigar y decir á sus reyes: *Mi musa abandonada permanece en la soledad; alentadla y sabrá presentarse con noble confianza*.

Con todo, si consideramos á Teócrito estéticamente, nos admira la trabazón del verso y la sencillez de la frase, aun cuando no siempre

(1) Nos quedan de él seis himnos y sesenta y cuatro epigramas. Respecto de todo el saber de aquel tiempo da bastantes buenos informes G. PARTHEY. *Das Alexandrinische Museum; cine von der k. Akademie der Wissenschaften zur Berlin sin 1837 gekrönte. Preisschrift.*

(1) Solo los pedantes, por comodidad de clasificación, incluyen entre los didascálicos á Hesiodo.

(2) *Urbium purgamenta*. Q. Cencio, VIII, 5.

evite los juegos de palabras, delicias de su siglo. Él es el único poeta bucólico que armoniza la originalidad con la naturalidad; sus pastores son verdaderamente tales, á diferencia de los de Virgilio, Gessner, Voss, y sobre todo de los de Guarini y Sannazaro, que descubren la ficción, mostrando hacia aquel género de vida una afición propia tan solo de los que han vivido en esfera muy diversa.

Ménos pastoriles y de ménos genio son los idilios de Bion de Esmirna y de Mosco de Siracusa, que deberían llamarse más bien elegías ó cantos mitológicos.

Con estos poetas murió el idilio, y la poesía se fué desmenuzando y empujando cada vez más; de suerte que adquirieron boga los epigramas, breves composiciones, diversas de lo que indica su nombre y de la idea que hoy tenemos de ellas. Algunos están llenos de agudezas, otros no tienen más que delicadeza de pensamientos ó de expresión; de todos modos requieren en su pequeñez una perfección tal que no aparezca tacha en ellos. Metrodoro hizo algunos sobre la astronomía y la geometría, verdaderos poemas; otros contenían enigmas; y en otros se hacía gala de vencer varias dificultades (1).

Su primitiva forma debió de ser la de inscripciones, como indica el nombre mismo (*ἐπιγράμματα*), y no hay monumento, ni cuadro, ni estatua donde no se haya escrito alguno. Otros se ponían en las tumbas, en los hitos de los caminos, en los trofeos, y en las ofrendas consagradas á los númenes. Después se convirtieron en mero ejercicio de arte, y contenían, ya rasgos ingeniosos, ya expresiones de un sentimiento cualquiera, como aplauso, sátira, burla, epitafio ó narración de accidentes tiernos ó melancólicos, que en su indecible variedad llegaban alguna vez hasta lo sublime, y otras pintaban los atractivos de las virtudes domésticas.

Considerados uno por uno agradan y se admiran; pero tomados en conjunto, nos hacen reflexionar tristemente cuán decaído y envilecido estaba el genio griego que había creado la *Iliada* y el *Prometeo*. Muchas colecciones se hicieron de estos epigramas, y algunas con títulos extraños (2), hasta que posteriormente salieron otras dirigidas á objetos útiles. Habiéndose llegado á conocer que las inscripciones de los monumentos podían ser de gran auxilio para la historia, se comenzó á recopilarlas dos siglos antes de Cristo. Palemon Periergétes hizo de ellas una colección (*περὶ τῶν κατὰ πόλεις ἐπιγραμμάτων*) como también un *Catálogo de los donativos ofrecidos á los dioses* y colocados en el Acrópolis de Atenas, y de los del tesoro de Delfos y de otros santuarios.

Otros por mero estudio literario hicieron co-

(1) Teon de Alejandría comprendió en un verso todos los dioses que dan nombre á los días de la semana: Ζεὺς, Ἄρης, Πάρις, Μήνη, Κρόνος, Ἄλλος, Ἑρμῆς.

(2) La de Meleagro de Gadara se titulaba *Ἀετῆος καὶ φωνῆς συγγυαίς*, *Lentijas con yema de huevo*.

lecciones de epigramas de todo género, que con alambicados títulos, según lo requerían los tiempos, se llamaban *antologías*, esto es, guirnaldas ó ramilletes de flores. Después de la de Meleagro de Gadara, que contenía composiciones de cuarenta y seis autores, dispuestas por el orden de su letra inicial, Filipo de Tesalónica, en los tiempos de Cristo hizo una más extensa, ordenada del propio modo, y otra Diogeniano de Heraclea, coetáneo de Adriano; pero todas se han perdido, así como la de Diógenes Laercio (*Πλάμμετρον*) que contenía los epigramas compuestos en elogio de los hombres ilustres. Dociientos veinte nos restan de la *Παδικὴ Μοῦσα* de Estratón de Sárdis, que cantan el torpe amor masculino.

Después Agátias de Mirina, historiador y poeta, de fines del siglo VI, compiló una colección de epigramas con el título de *Círculo* (*Κύκλος*), en siete libros, según las materias, los cuales comprendían: el primero las dedicatorias (*ἀναθηματικά*), es decir, los escritos sobre las ofrendas depositadas en lugares sagrados; el segundo descripciones de países y de objetos de arte; el tercero epitafios; el cuarto cosas referentes á la vida; el quinto versos escópicos, esto es, satíricos; el sexto versos eróticos ó amorosos; el séptimo versos báquicos ó cantos de mesa. Pero de todo esto no resta más que el prólogo que puso Agátias en ciento tres exámetros. Por lo demás esta colección perjudicó á las letras, porque hizo dar al olvido las anteriores de Meleagro y Filipo, más ricas en pasajes antiguos y de mejor gusto.

De estos últimos salvó muchos Constantino Cefala, literato del siglo XI, no conocido sino por esta *antología* (1). De ella hizo un extracto Máximo Planude, monje del siglo XIV, ordenándola en siete secciones (2). Á la inmensa erudición de este monje no acompañaba el buen gusto; pero además de los fragmentos de Cefala nos conservó otros muchos trozos nuevos (3).

(1) La distribuyó en 15 secciones, esto es: epigramas cristianos que son 123 inscripciones de iglesias ó de imágenes: el poema de Cristodoro, en 416 exámetros; 19 epígrafos puestos en el templo erigido en Cizio por Atalo y Euménos á su madre Apolonia, y coronados de bajos relieves que representaban actos de amor filial; los prefacios de las tres antologías precedentes; los versos eróticos; 358 dedicatorias; 748 inscripciones sepulcrales; 254 epigramas de San Gregorio Nacianceno; 827 epigramas epidicticos ó demostrativos, en los que el poeta quiere significar una idea filosófica, ó hacer gala de ingenio; 123 epigramas morales; 412 sobre los placeres de la mesa y satíricos (*τυμπετικά*, *σκόπτικά*); 258 versos obscenos de la musa pederástica de Estratón; 31 de metros varios; 153 problemas, enigmas, oráculos; miscelánea de verdades.

(2) 1º Epigramas escogidos entre los protrepticos, anatemáticos y epidicticos; 2º 352 de los 412 de la undécima de Cefala; 3º los sepulcrales; 4º los descriptivos; 5º el poema de Cristodoro é inscripciones de las estatuas de los conductores de coches en el hipódromo de Constantinopla; 6º otros anatemáticos; 7º los eróticos.

(3) De estas dos últimas antologías, solo la segunda se imprimió varias veces, y la edición más estimada es la que mandó hacer en Utrecht Jerónimo de Bosch, de 1793 á 1810, con el quinto volumen añadido en 1822 por Daniel Jacobo Van Lennep. El famoso Hugo Grocio se había divertido reduciendo á versos latinos los epigramas de aquella antología; y en italiano tenemos la versión libre de Cayetano Carcano y Pascuale, en la edición bastante buena hecha en Nápoles, desde 1788 hasta 1799, en 4 tom.